

temporal implicada en procesos tales como la anticipación de la acción y la evaluación de un proyecto.

En las conclusiones, Rodríguez Huéscar señala que la superación orteguiana del idealismo comporta un ensayo de aproximación a la realidad "en persona" -tal y como ella misma se ofrece-, luchando por vencer la aporía de un intelectualismo que deforma desde su raíz la realidad que intenta aprehender. Por esta vía emergería el auténtico sentido de la reivindicación de una razón vital. Las ideas, en tanto que herramientas o instrumentos intelectuales, no deberían perder bajo ningún concepto su originario engarce en la vida de la que derivan. En consecuencia, señala Rodríguez Huéscar, el valor "lógico" o "cognitivo" de una idea ha de subordinarse a su sentido vital que, añade, es primordialmente un sentido moral. Ahora bien, para una recta ponderación de la «innovación metafísica de Ortega», resulta crucial advertir que la reformulación de las estructuras de la realidad es, en Ortega, indesligable de una nueva comprensión de las estructuras de la racionalidad.

A la luz de su presentación de las categorías orteguianas de la vida, Rodríguez Huéscar cree legítimo concluir postulando polémicamente la remarcable sistematicidad del pensamiento de Ortega.

Chantal MAILLARD: *El crimen perfecto; Aproximación a la estética india*, Madrid, Tecnos, Colección Metrópolis, 1993, 157 pp.

por Pablo HERMIDA

Como se avisa desde el subtítulo del libro, el ensayo de Chantal Maillard se sumerge en las honduras de la estética india, con el ánimo de rescatar «la antigua noción del arte que aún se encuentra alojada

en los contenidos metafísicos, epistemológicos y propiamente estéticos del pensamiento indio». De esta fuente deriva su concepción de universo estético como armonización de elementos en un mundo posible coherente, donde la autora descubre la clave de toda creatividad.

Maillard parte de la constatación de la profunda transformación experimentada en las percepciones y concepciones estéticas en los últimos años. La proliferación y fragmentación de estéticas es hoy un lugar común. «El hecho de que hoy en día pueda hallarse belleza en órdenes de cosas tan dispares y tan poco convencionales revela - afirma la autora- un giro importante en la mirada del hombre contemporáneo».

Yendo más allá de la mera constatación, Chantal Maillard se posiciona claramente a favor de un nuevo modo de entender la confrontación estética de la realidad. «Es tiempo de que la visión estética se ensanche, que recorra las calles, los lugares prohibidos, los lugares cotidianos, que vuelva al medio natural incluso, es tiempo de que recuperemos esa capacidad de enfrentarnos con el mundo estéticamente».

La autora aprecia y defiende una aproximación del discurso estético al propio quehacer artístico. Ello implica sumarse a la actividad creadora del artista volcada, no en la persecución de la «objetividad y verdad» científicas, sino más bien en la factura de realidades o mundos posibles consistentes y coherentes. Ello se logra mediante un ejercicio de mesura y equilibrio, haciendo casar en adecuada fusión los elementos conmensurables, y transmutando metafóricamente lo presuntamente inconmensurable. Por esta vía, se sugiere una concepción de la verdad -de la verdad estética al menos, si no de toda verdad- no como validez universal, sino como coherencia interna, significatividad y potencial evocador. De este suministro de coherentes *organigramas* dependería, en última instancia, el valor de una teoría estética.

Arte es actividad transformadora. Construir un universo estético consiste en fraguar un mundo posible armonioso, mediante una transformación de la materia, que encierra necesariamente el riesgo de lo impredecible, de las fuerzas parcialmente incontrolables. En

último término, desde su operación sobre la materia, el artista accede al secreto de la vida y la muerte. Evocando la figura central escogida por la autora desde el propio título, cabe decir que el artista tiene en sus manos las claves últimas para cometer “el crimen perfecto”, que consiste en «inmiscuirse en la unicidad de lo informe, desmembrarlo y dar nacimiento a los seres».

Después de tres hermosos capítulos de inmersión en la tradición estética india, Maillard emprende con gran acierto, en el capítulo cuarto, un análisis de la influencia de elementos védicos en la cristalización del esteticismo cósmico de Schopenhauer. En esta misma línea, se echa quizás en falta un examen más riguroso, desde una perspectiva análoga, del absolutismo estético de Nietzsche. La metafísica del artista nietzscheana, con temas tan relevantes para el ensayo que comentamos como las doctrinas sobre la tragedia y la dialéctica entre unidad y multiplicidad, es considerada sólo someramente por Maillard.

Las estéticas de la creación y la destrucción, del sacrificio, la conservación y la transgresión, acaban convergiendo, en el capítulo final, en una indagación estética de la belleza de la muerte, de ese “crimen perfecto” que, en la eterna tensión entre unicidad y multiplicidad, nunca deja de repetirse.